LA VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA LITERARIA, ARTISTICA É ILUSTRADA

APARECE LOS DOMINGOS

Año II	Montevideo, Marzo 20 de 1898	Núm. 36

Director y Redactor	Secretario de Redaccion	Administrador
RAFAEL J. FOSALBA	EDUARDO GANDOLFO Dirección y Administración: calle 25 de Mayo 427	JOSÉ VIDAL

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

Dominga Arteaga

(Fotografia de Fitz Patrick)

SUMARIO

TEXTO—"Flor enferma", por Julio Florez—"Noches de Marzo", poesía por Cárlos Roxlo—"En la placa", por Arturo A. Gimenez Pastor—"Odas de Horacio", traducción del doctor Víctor Perez Petit—"La parada", por Francisco Caracciolo Aratta—"La Montaña", fragmento del poema descriptivo en preparación "El Cauca", por Isaías Gamboa—"Lo que dicen las campanas", (conclusión) por Nicanor Bolet Peraza—"Rimas", poesía de la señorita Adela Castell—"La Naturaleza", (traducción) por Jean Sergiewicht Tourgueneff—"Campera", poesía por Juan Vicente Algorta—"La hipèrbole del arte: Neróa" estudio filosófiico-histórico-literario (continuación) por Francisco Caracciolo Aratta—"Lágrimas", poesía por Werther—"Santiago Barco", (coutinuación) por Pontsevrez.

GRABADOS—Galería de bellezas montevideanas: DOMINGA ARTEAGA, fotografía de Fitz Patrick, grabado de Jacobo Peuser—Bellezas bonaerenses: JOSEFINA PINASO, grabado de Emilio Coll.

Flor enferma

¿Te acuerdas?

Apenas tenía diez y seis años. Era alta, delgada. Sus ojos llenos de una tristeza indefinible, azules y húmedos, parecían dos zafiros mojados de rocío. Sus labios rojos, semejaban una flor de carne.

Una mañana en que paseaba por el jardín prendida de mi brazo, un colibrí, como un pedacito de iris tembloroso, rompió el aire y se detuvo un instânte muy cerca de su boca y. . . se alejó comó una saeta disparada por entre el ambiente tibio, lleno de aurora: se había engañado el picaruelo!

Una desmayante pàlidez cubría su rostro ovalado y purísimo. De todo se ruborizaba; à la menor galantería, sus anchos pàrpados caían lentamente, con sus velos dorados, sobre sus ojos azules. Había eclipse de cielo.

Su cabellera, manojo de rayos de sol que podía palparse, era corta, pero abundosa y rubia; así la tienen los ángeles.

Su voz, música ignorada, deleitaba á cuantos la oían.

En la noche cuando estaba sola, abría la pequeña ventana de su aposento, que daba sobre él huerto vecino, tomaba el arpa y clavando las pupilas en el espacio límpido, sonreía con sus hermanas, las estrellas... y tocaba y cantaba à un tiempò, y eran tan dulces las melodías que arrancaba de su arpa y de su garganta, que los pajarillos se despertaban dichosos cuchicheando entre sus nidos y preguntándose, quién sería aquel pájaro que cantaba con tan honda tristeza.

Pero de repente cesaba el canto y enmudecía el arpa; sonaba una tos seca y entónces el pájaro más viejo que dormía en el huerto, empinàndose un poco sobre la hojosa rama que le servía de asiento y mirando hácia la ventana, exclamaba de modo que sus compañeros lo escuchasen: Es la tísica que nos está dando serenata.

***

Te acuerdas?

Tísica!... pobrecita, tal vez por eso la adoraba màs. La tenía lástima y me moría por ella.

Cuando no estaba á mi lado sentia asfixiarme. Era todo para mí: la luz, el aire ,.. mi propia vida!

Me amaba? Apenas puedo dudarlo. Sé que cuando me veía, su tez pàlida, se teñía como con jugo de claveles rojos, à tiempo que me sonreía con la encantadora timidez de un niño. Muy pocas veces me miraba. Al hablarme, sus ojos fijos en otra parte, por casualidad se cruzaban con los míos. Mírame! la decía en algunas horas en que solíamos estar juntos, y entonces me miraba, pero casi miedosa, en tanto que yo, lleno de júbilo, bebía con ansiedad la claridad azul de sus pupilas.

Un día la encontré muy alegre. «Sabes? me dijo; sí supieras los que anoche soñé! . . . » y se puso séria.

—Qué soñaste? le repliqué lleno de curiosidad.

—Nó. . . ya no te digo, exclamó, me da vergüenza. . . y además. . . no te digo!

—Sí no me dices, no volveré á verte, óyelo bien, no volveré á verte! y acentué estas últimas palabras.

—Que no volverás á verme?. . . y por eso no más? te lo diré, pero. . . . tápate los oídos.

—Está bien. Y riendo, me llevé ambas manos á las orejas.

Entonces acercándoseme, murmuró con una voz casi imperceptible.

—Sabes lo que soñé?. . . que me había casado contigo.

Y se puso más rubicunda que una granada abierta y empezó à toser, á toser, á toser. Le relampagueaban las pupilas como dos áscuas azules, y yo me puse triste, se me llenaron de lágrimas los ojos y suspiré tan hondamente al contemplar aquella inocencia viva y blanca, que sentí que el corazón se me rompía.

Ella ignoraba su horrible enfermedad.

¡Aquel sueño... era irrealizable!

***

Te acuerdas?

Tú. madre, me habias dicho: No la vuelvas à ver, porque la haces daño; la niña está muriéndose!

Hacía un mes que no estrechaba entre la mía su tersa y calenturienta mano; un mes que me moría de amor, sin que mis ojos pudieran mirar el ídolo que adoraba mi alma.

Todo me hacía huir de «ella».

—La haces daño, me decian.

Y yo les daba gusto; me mordía los labios, se me oprimía el corazón, y pudiendo verla, ni siquiera lo intentaba.

Una noche llegó una vieja á mi aposento.

—La señorita se muere, me dijo. Y huyó rápidamente.

Salí. La noche estaba fría pero hermosa. El cielo completamente negro, ostentaba en su regazo profundo, todos sus tesoros infinitos, estaba abierto sin una nube, silencioso. La luna, inmóvil en el velo anchísimo, derramaba su luz amarillenta: parecia más triste que otras noches.

Salvé en un instante las calles que me separaban de su casa. Llegué. Sobre un lecho, como fabricado de espumas de aljófar, estaba tendida «ella». Su madre le acariciaba la frente. El médico acababa de salir.

Una lámpara, puesta sobre la mesa, derramaba sobre el rostro de la moribunda, tintes de sol agonizante.

De repente abrió los ojos, turbios y tristes, me miró y alargàndome su manita enflaquecida por la fiebre, dejó vagar por sus labios entreabiertos y quemantes, una de esas sonrisas que solo bullen entre los labios de los ángeles.

Y estreché bañado en lágrimas, la mano que me ofrecía; la oprimí contra mi cara, y dejé que en mi corazón se desbordase todo el torrente de dolor que, hasta entonces, pugnaba por saltárseme del pecho.

Poco à poco se fué enfriando aquella mano.

Sentí que respiraba más lentamente. Volvieron á abrirse sus ojos; me miró de nuevo; su cuerpo se estremeció.... y un suspiro alzó el vuelo.

Un rumor de àlas, cruzó por el aposento oloroso á flor marchita.

Miré el cielo al través de los cristales de la ventana y ví las estrellas, como nunca, temblorosas y pálidas!

Los perfumes del huerto entraban; las auras mugían suavemente entre las ramas de los árboles mudos, en tanto que mi alma suspensa ante el misterio de la muerte, se ahogaba entre su cárcel de carne.

Me incorporé un momento!. . . toqué la frente de la moribunda... estaba yerta!

Una música desconocida vibró en el aire, mientras que dos ángeles se remontaban al cielo, llevando en una urna resplandeciente, algo diafanísimo!

Sentí que alguien retenía mi mano.

Torné los ojos al lecho: era la suya, rígida y amarilla.

La vírgen de los ojos azules era ya un cadáver.

Aturdido, espantado ante el furioso golpe que hería mi existencia, sacudí la cabeza, con ímpetu de fiera, la cabeza sudorosa y abrazada por la angustia, y al levantar mis dedos entorpecidos por el frío de la mano de la muerta idolatrada, ví en uno de ellos una sortija negra, una sortija de hierro, promesa de amor eterno, compromiso adquirido en la vida, para después de la muerte.

«Ella» la había colocado allí en el momento de espirar. «Ella». . . mi novia!

JULIO FLOREZ.

Santa Fé de Bogotà, 25 de Enero de 1893.

NOCHES DE MARZO

Imitando á Musset

LA MUSA

Poeta; en tu granado
ya se cimbra una flor que abre al estío
su cáliz virginal. Està sembrado
de estrellas brilladoras el vacío;
háblame de tu amor; sobre mi seno
depón en tus angustias el veneno;
y mancha de mis alas ló explendente
con las cálidas gotas de tu lloro,
mientras extiendo mis cabellos de oro
sobre las negras nubes de tu frente!

EL POETA

Todo yace dormido:
el pájaro en el nido;
en el éter la luz; en la espesura
las campanillas, de fragancia llenas;
en mis amantes brazos tu hermosura,
y en mi tedioso corazón las penas!

LA MUSA

¡No pienses quo me engañas!
¡No creas, no, que tu tristeza ignoro!
¡Hay rocío colgando en tus pestañas
y húmedos tengo los cabellos de oro!

EL POETA

Sólo me quedas tú! De tu pupila
la fulgidez tranquila
para calmar mis inquietudes basta!
Sólo me quedas tú! No hables de duelo,
mensajera del cielo,
mi esposa fiel, mi prometida casta!

LA MUSA

¡Abrase ya tu corazón! ¡La pena
que ruge comprimida
con su hálito letal nos envenena,
como envenena el agua corrompida!
¡Abreme ya tu corazón! ¡Sé bueno!
Déjame que comparta tu amargura
y reclina tu faz sobre mi seno,
que late de clemencia y de ternura.
Yo soy aquella que te amó de niño
y que cubrió los sueños de tu cuna
con sus alas de armiño,
mas trémulas que el rayo de la luna!
Yo soy aquella que por tí suspira,
que nunca te abandona
y que ha soñado coronar tu lira
con el verde laurel de una corona!
¡Yo cambio en ritmo toda la fiereza
que te inspiran lo noble y lo grosero,
yo te he enseñado á amar á la belleza,
yo te he enseñado á ser buen caballero!
Cuando todo á tu paso se derrumba,
cubro el derrumbe de fulgor y galas;
y sobre el negro mármol de tu tumba
yo extenderé, para morir, las alas!
Se confunden tu senda y mi camino;
yo represento tu ideal más puro;
y envuelto en mi ropaje diamantino,
te haré franquear las puertas del futuro!
No tengo más historia que tu historia,
ni más bien que tu amor. Soy toda tuya!
Y encenderé las luces de tu gloria
cuando tu senda terrenal concluya!

EL POETA

¡Sol de mi juventud! ¡Rosa encarnada
nacida en mi jardín! ¡Ave que trinas
canora en mi balcón! ¡Fuente sellada!
¡Nube de claridades matutinas!
Humedece mis párpados el lloro
cuando me pintas de tu amor al fuego!

LA MUSA

¡Nunca sabrás, mi bien, lo que te adoro!

EL POETA

¡Yo á las delicias de ese amor me entrego!
Déjame que recline mi cabeza
sobre el blanco atavío de tu falda,
y que me embriague ¡oh musa! en tu belleza,
contemplando tus ojos de esmeralda.
¡Así, mi bien, así! Dame tu mano,
que la sienta temblar entre las mías.
Céfiro de las huertas del verano,
serenata de dulces melodías,
aroma flotador de limonero,
y virgen de mis últimos amores.
Para probarte bien lo que te quiero
voy á contarte todos mis dolores!
Olvidado de tí, que eres la calma,
mi celestial y dulce prometida,
dí á otra mujer la voluntad y el alma
convirtiéndola en vida de mi vida!
La flor de la pasión abrió su broche
henchido de fragancia embriagadora,
llenando mis ensueños cada noche
de esa mujer la faz hechizadora!
¡Infiriéndote á tí penas y agravios,
á tí, que eres la luz y eres el númen.
Sólo buscaba el beso de sus lábios,
esos besos que enervan y consumen!
Yo la tuve sentada en mis rodillas
extático y feliz! Fué mi ventura
comparar con las rosas sus mejillas
y comparar al sol con su hermosura!

LA MUSA

Te conozco, mi bien! Cándido y ciego
tú siempre amas así! Nada te arredra!

EL POETA

¡Yo doy todo mi ser cuando me entrego!
¡Yo tengo las ternuras ds la yedra!

LA MUSA

¡Comprendo tu pesar y tus enojos!
¡Tras la ardiente pasión, vino el olvido!

EL POETA

¡Y llevo aún, en mis cansados ojos,
la imágen celestial del bien querido!
¡En el insomnio de las noches mías
la veo aparecer, y me desgarra
con su voz de arrullantes melodías,
trémulas como un canto de guitarra!
No me avergüenzo de llorar! El llanto
prueba que el corazón no está marchito.
¡Jesús cubrió sus ojos con el manto
cuando supo de Judas el delito!
Los viles nunca lloran. ¡La amargura
es una irradiación! ¡De cada espina
que rasga nuestra sien, brota y fulgura
una sublime claridad divina!

LA MUSA

¡Solloza, corazón! ¡Salterio, vibra!
Pídele á cada fibra
un ritmo que condense tu amargura!
Los cantos del dolor son inmortales,
¡son lágrimas, las perlas orientales,
que coronan la sien de la hermosura!

EL POETA

¡El día empieza ya! ¡Salve, oh mañana
vestida de zafir! Salve, oh turquesa,
con que el sol sus cabellos engalana
cuando las plantas de la noche besa!
Con tu limpio esplendor, viene el olvido!
¡Los fantasmas se ván! ¡Todo se azula!
¡El éter, por los vientos recorrido,
la niebla gris que en el barranco ondula!
¡Todo recobra la perdida calma!
¡Lentamente la luz sube á su trono!
¡Azulemos también, oh musa, el alma;
tendamos la piedad sobre el encono!

CÁRLOS ROXLO.

Montevideo, Marzo 19 de 1898.

EN LA PLACA

I

«Luis mio:

Es la última. No me hagas cargos, por Dios! No sabes lo que sufro. El momento temido llegó; me casan; ya no hay nada que hacer. He luchado, te lo juro, he luchado mucho. Todo en vano. Papá ha sido inflexible, y adivinando que quería á alguien, sin querer oirme, sin querer saber quién es, sin permitirme que diga tu nombre, ha pronunciado la sentencia.—«Es preciso!—me ha dicho,—por otra parte, te conozco y calculo que el que hoy te rebela contra mis deseos, ha de ser un cualquiera, muy enamorado, sí, pero sin nombre ni fortuna; y necesario es que sepas que la posición social elevada que te he dado, si bien te concede grandes prerrogativas, te impone, en cambio, grandes deberes. Renuncia, pues, á desobedecerme y tén la seguridad de que eso pasará y me agradecerás al fin este disgusto que hoy por tu bien te doy». Dicho esto con un tono que me hizo comprender que sería inútil hablarle, suplicarle, conociendo que al decirle que tú, el que adoro, eres un simple fotógrafo, no me hubiera permitido seguir, decirle que circunstancias extraordinarias y mi amor te han llevado á desempeñar ese oficio modesto, à pesar de lo que tú eres y de lo que puedes y debes ser... Conociendo todo esto he callado, vencida, desesperada. ¿Qué querías que hiciese? Todo ha concluido, pues, pero no dudes de mí, te lo ruego, Luis. Te juro que sólo ante la voz de mi padre he podido ceder, pero sin olvidarte ni serte infiel, te lo juro! No me acuses, por Dios; mi situación es horrible! Estaba todo arreglado, como en todos los matrimonios de conveniencia, y todo se hará pronto, en seguida, con pretexto del viaje imprescindible del que ha de ser mi marido... pasado mañana! Ah, vieras cómo lloro al escribirte esto... No puedo más. Un solo y efímero consuelo me queda, un consuelo doloroso y que sin embargo ansío y deseo con toda mi alma. Mañana me llevan à retratar y con mi traje de novia ya. Y mi último retrato de soltera ¡Dios mio! has de sacarlo tú! Mamà, sin saber, sin conocerte, ha elegido la mejor fotografía, y esa es la en que tú estás! He aceptado para poder verte una vez más, una siquiera, la última! No vengas, pues, á verme esta noche por la ventana; me vigilan y... no podría soportar tu presencia; sufro tanto! Espera à mañana, y no me acuses, no maldigas tantos dulces recuerdos de felices momentos que ahora me hacen llorar sin cesar, perdida para siempre la esperanza. Tan feliz, tan dichosa he sido con tu amor! Te juro otra vez que te querré siempre, siempre igual, tú no olvides á la que tanto, tanto, te quiso. Luis mio, por última vez, adios... Llora un poco por mí, como ahora yo lloro, loca, con el alma despedazada.—EMA »

¡Qué! ¡Qué he leido, Dios mio! Se casa, y pronto, en seguida! ¿Y yo?... ¡Infame, mil veces infame! Miente, miente como una miserable! ¡Ah! conque se casa, me abandona! Y aún me jura amor, y quiere engañarme, hacerme creer que... No, no! No creo nada. ¡Cómo ¿no me mintió, y tenía ya pronto el vestido de novia con que ha de venir á retratarse mañana? ¡Ah!... Verdad es que pueden haberle arreglado apresuradamente un vestido blanco de los tantos que tenia para baile... Pero qué! Nó. Todo es mentira, y la pierdo, la pierdo! ¡Claro! Yo, un pobre fotógrafo... ¿Qué importa que la adore; qué importa que mi nacimiento sea igual si la desgracia me ha traido aquí? Pero, Dios mio, ¿no pudo esperar? ¿Ella que me queria desde cuando yo frecuentaba salones, y sabia... ¡Ah! Naturalmente. El negocio está antes. El dinero... Ella es de la alta sociedad, del gran mundo, y se debe á él... si yo fuera aún, como lo fuí, de ese gran mundo, estúpida creación de... Pero Dios, Dios! ¿Acaso hubiera sido mejor que yo, arruinado por las pérdidas de mi padre en el Club, en ese templo del gran tono y del gran juego, me hubiera hecho tramposo, ó ladrón, para sostener, como tantos, el rango de elegante, en vez de aprovechar mis aficiones para trabajar humildemente de fotógrafo, como un hombre de bien, para reconquistar mi puesto dignamente? Sí, quizá así no hubiera sido desdeñado

por un... Pero mi Ema, mi Ema! Ella, olvidarme así, despreciarme de este modo... Porque no me cabe duda... infame! Y ahora ¡claro! se digna escribirme, ¡para consolarme un poco, compadecida!... ¡Ah! Pero verá, verá! Mañana viene á retratarse, con su vestido de novia, con ese traje que la arroja á los brazos de otro... ¡Yo me voy á enloquecer! Verá; le mostraré que no necesito su compasión, que no creo nada, que he conocido su infamia, y que no me humilla, que no me desespera... una sola mirada, una sola, pero tal que vea en ella todo el desprecio, toda la altivez herida que me hacen escupirla á la cara mi desdén. ¡Ah! Ya verá! Mañana...

¡Y tan dulce, tan cariñosa, tan buena que fué conmigo siempre... Cuando nos veíamos, cuando...! Y pensar que ya no la veré, que ya no me esperará... ¿Y qué voy á hacer yo, qué voy á hacer cuando suenen las once, que aguardaba sólo por ella; cuando piense que ya nada nos une, que ya nada soy para mi Ema querida de otros tiempos... Mi Ema... Y yo también estoy llorando, como ella me lo pide, y con tantas ganas que lloro como nunca!

Pero basta!

Me ha engañado miserablemente, y este calor horrible que siento en la cara cuando me acuerdo de su infamia, me sostendrá. Una sola mirada, una sola, pero que la cubra de desprecio... ¡Qué frio siento!... mañana verá. Mientras tanto, ahora que nadie me vé, voy á llorar, á llorar un poco siquiera...

II

—Hoy, hoy al fin! ¡Qué noche, Dios mío! qué noche! Yo no sé cómo he llegado hasta ahora sin enloquecerme. ¡Qué calor en la cara y qué frio en el cuerpo! ¡Ah, infame, infame, infame!... No, no. ¿A qué hacerme ilusiones? Está claro, evidente, que me ha engañado. ¡Qué! ¿Una mujer que quiere no encuentra modo de evitar este dolor inmenso, infinito, al que la adora? Es tanto suponerlo... Pero yo la castigaré. Oh, sí; porque al verme asi inflexible, tendràn que acudir á su memoria todas nuestras horas felices, tan dulces... ¡Vamos! ¿Voy á llorar otra vez?—¡Las tres y media! ¿No vendrà ya? ¿Será posible que ni esto...? Se habrá demorado arreglándose, vistiéndose... con su traje de novia! ¡Qué horrible, qué horrible! Verla, así, ataviada con las galas con que la codicia vil de sus padres la entrega à un hombre, como quien vende un montón de carne; verla por última vez, y verla en una hora negra, así, ataviada con el blanco vestido, con el velo blanco y la corona de blancos azahares con que mis esperanzas y mis sueños de felicidad me la ofrecieran en la noche hermosa de nuestra soñada unión!... Yo... ¿Pero que estoy haciendo? ¿Acaso no he llorado bastante anoche? Y por ella, ¡por ella! que no ha vacilado entre un hombre que la adoraba como nunca se ha adorado á mujer alguna, y otro que en cambio le ofrece comodidades y lujo y...

¿Pero no es esto una crueldad inmensa? Traérmela así, vestida con el traje de boda, cosa que no se acostumbra, como si quisiesen, apropósito, despedazarme?—¿A ver? ...el timbre... Llega, llega! ¿Será acaso?... Voces... ¡Ah! ¡Qué sudor! Parece que el corazón me salta á la boca, y me ahoga, y me estrangula... La voz del jefe... ¡Voy, voy!...

Llegó el momento. Yo creo que me muero! Otra vez el calor á la cara!... Y ella está ahí, abajo, y puedo con solo quererlo castigar su perjurio y su hipocresia...

¡Voy ya!

III

—¡Señor, qué divina está! ¿Habrá sido bastante dura mi mirada?—Arreglemos las luces. Y el padre me ha reconocido. ¡Vaya una expresión de asombro que se ha pintado en su cara! ¡Ah! es amargo esto.—Adivino que me está mirando con ansiedad. ¡Sufre, sufre como he sufrido yo, perjura! Pero ¿qué estoy haciendo yo? No lo sé, tengo perdida la cabeza... ¿Y he de arreglarle ahora la postura? ¿Tocarle la cara, suave, delicada que fué mia? No, qué! Se la indicaré, tan sólo, y gracias.—«Un poco más inclinada la cabeza!»—Así, con voz ruda; seré un obrero sin alma, sin delicadezas, como lo han querido ellos. ¡Yo no soy un personaje del gran mundo!.. ¡Ah! Ya está, ¡Por fin! Momentos horribles! ¡Que nunca vuelva á pasarlos en mi vida! «¡Pronto!»—Ahora á morir de dolor. ¡Ah! cuánto daria yo por mirarla una vez más, una, siquiera, á mi Ema, á mi dulce Ema! ...No! No y no! Ni una mirada; nada; no podría... «Pronto!»—¿Qué han dicho? No sé; ¿qué me importa? ¿Mal criado?... Eso creerán ellos; ¡imbéciles!

—Ya estoy lejos ¡tan lejos y tan cerca! —Pasos; el crujir de un vestido de seda... el de novia! Bajan; todo se apaga... el crujido de la seda ya no... La portezuela... Arrancó el coche. Se fué, se fué, ¡para siempre!

IV

Ahora, aquí, solo, solo, en la inmensa soledad de mi alma ya que todo lo he perdido, voy á mirarla, á mirarla y á llorar, porque la adoro, porque la quiero más que nunca. Qué triste está todo! Nunca he sentido tristeza tan infinita, tan profunda, tan inmensa. ¡Era cierto! Yo ya no era nada, nada para Ema. Ni una lágrima, ni un suspiro se han escapado de su pecho en la entrevista final! No importa; á pesar de todo, la adoro y me muero de dolor. La placa... ¿dónde está? ¡Cuál...? ¡Ah! aqui. ¡Ema!—Este será el retrato que yo prepare con cariño para ser dado á él, á su dueño; al marido!... Se habrá puesto, es claro, bella, sonriente para agradarle!...

¡Qué!... ¿Es verdad?... ¿Qué es esto? Los ojos empañados! Esto que se derrama en las mejillas!..... La placa no miente!..... ¡Llanto! El llanto que se ha desbordado mientras yo la retrataba, inundándole la cara!... Las últimas lágrimas de amor que brotaban, mientras yo, cruel, rudo, brutal con ella, con mi pobre Ema... La angustia en el rostro... Y yo, ¡yo! la he sometido al martirio del desprecio, en tanto que ella lloraba por mí!—¡Ah! Este nudo en la garganta, que me ahoga, que me mata! ¡Un poco de llanto, un poco de llanto, Señor!—¡Ema! ¡Ema! ¡Ema de mi alma, perdón!

Ella, llorando, con el alma despedazada y yo en aquel momento!...

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dios mío!

ARTURO A. GIMENEZ PASTOR.

Montevideo, 19 de Marzo de 1898.

Odas de Horacio

(TRADUCCIÓN)

Rectis viveus, Licini.
(Lib. II. Od. 10.)

Mejor el rumbo seguirás, Licino,
no remontando de la mar el seno,
ni costeando la dolosa playa
por evitar la tempestad del cielo.

El hombre sabio que estimó prudente
la medianía no se acoge al techo
pobre y vetusto ni al alcázar de oro
que en pórfido labrado es un portento.

El huracán los árboles más altos
rompe, y las torres á su airón funesto
caen en ruinas, y soberbias cumbres
se ven heridas del celeste fuego.

El varón animoso no confía
en la dicha jamás; contrario imperio
vence, esperando nuevo día; y Jove
en grata primavera cambia el hielo.

No aciaga suerte vivirá por siempre;
también la musa inspirará el Dios Febo
para que cante, que no siempre apresta
y tiende el arco de furores bélicos.

Si el infortunio te acosare, al mundo
muéstrale siempre un corazón sereno;
y si propicio viento de tu nave
hincha la vela, coje el aparejo.

VÍCTOR PEREZ PETIT.

Montevideo, 1898.

La Parada

¡Qué Rocaoro aquel! Era un artista en eso de desarrollar una idea y de una palabra deducir todo un proceso á la actual sociedad. Tenía, á veces, la ironía aguda de Baudelaire, otras, el chiste punzante de Quevedo; pero, dejando en la punta del aguijón de sus epígramas un veneno sutil que difícilmente se curaba. Por eso, cuando daba en el blanco de una reputación falsa ò mal adquirida, con la flecha de un chiste agudo, era para siempre; el público la lapidaba con sus risas.

Así que cierto atardecer, en rueda de amigos, en la terraza de los Pocitos, nos entretuvo ese demonío de Rocaoro un largo rato, mientras cruzaban ante nosotros las elegantes uruguayas, vestidas con trajes ligeros, como hechos de gasas sedosas, llevando casi todas, el andar, ese ritmo particular del ángel á quien le han cortado las alas; contribuyendo á esta ilusión plásticamente bella, los anchos volados que rodean las hombreras femeninas, como dos alitas que nos incitaran á remontarnos á los cielos de la dicha.

Decía Rocaoro, cabalgando una pierna sobre otra y subrayando cada palabra de doble sentido con unas miradas en cuyo fondo lo picaresco se mezclaba á lo atrevido, relampagueantes, quemando, derrochando el rico fósforo que ardía en las células grises del cerebro del elegante cuentista, decíanos:

—Sí, señores, *la parada* lo es todo en este mundo. No me vengan á mí con el fondo moral, con la filosofía que han derrochado en sus libros teóricos los sábios de todos los tiempos... No hay nada en todo ello más que forma, estilo, aparato, fórmula, modos de conducirse, de presentar las cosas, de sentirlas; *la parada* en fin, mis queridos amigos, *la parada!*...

No hablemos del ejército de guerra donde se vive en permanente estado de *parada*. La disciplina militar, los códigos, las narraciones belicosas, todo está prescrito y escrito en *parada*. Si nó, fijaos: desde el humilde soldado que hace la vènia cuadrado, tieso, hasta el general en jefe que proclama á la tropa con frases campanudas; en sus actitudes, en sus marchas, en cualquiera de sus menores gestos está latente *la parada*. Los trajes por gerarquía, los galones de oro, las cruces, son tantos adminículos de *la parada*. Porque al fin y al cabo, los ejércitos son los que sostienen *la parada* de los gobiernos. Sin bayonetas no hay Estado.

Ni menos hablemos de las religiones; (de todas, eh?) donde la pompa, los aparatos escénicos en Semana Santa, los grandes homilias, los trajes riquísimos de moaré, de púrpura, donde las mitras cuajadas de pedrerías preciosas, los pluviales recamados de oro, los pálios de ricas telas de Damasco, los templos suntuosos, los cuadros sagrados, los ritos mismos, las procesiones, las órdenes, nos muestran el estado de *parada* permanente de las religiones. Un sacerdote como un militar, al hablaros tomará un aire solemne, se posesionará de su papel; las palabras suyas estarán vaciadas en el molde ritual de su dogma; moverá sus manos al compàs de su verba grave, reposada, ó según el caso, severa, anatematizadora, de fuego! Siempre estará dispuesto á la *parada*. Oficiará, comerá, dormirá en *parada*, en público, en privado, escuchando á sus superiores ó mandando á sus inferiores, recibiéndose de la púrpura cardenalicia ó encargándole á la linda y frescota criada el soconusco de las mañanas, todo lo hará en *parada*...

¿Por qué se rien mis amigos? si esta es toda la verdad, si es la vida actual *pura parada*...

Pero, lo curioso es ver que *la parada* no se limita á las corporaciones elevadas; ella tiene asiento, impera en todos los hogares de esta sociedad ficticia, apegada á las fórmulas como la ostra á la peña.

Vamos sino á sorprender á esa niña de quince primaveras, botón hermoso que empieza á pintar ya las bellezas naturales con un esplendor y una gracia dignas de un pincel de artista; pues, bien, ya la veremos delante del espejo, coloreándose las mejillas con tintas carmíneas, alargándose las cejas con pincelitos y pinturas japonesas blanqueàndose el cuello con *coldcream*. Luego el traje, el sombrero, los guantes, las alhajas, el cetro, el abanico; luego el estudio meditado de las posturas, de la sonrisa, del modo más seductor de emitir las palabras, de la manera más elegante de andar, de presentarse en sociedad, "la parada" toda, ¿no veis en ello *la pura parada?*

El abogado y el periodista que defienden malas causas y ponen las leyes y su pluma al servicío de su interés particular, qué hacen sino "la parada"? El comerciante que arregla sus escaparates, el corredor que os hace comulgar con ruedas de molino para que acepteis sus artículos sobre los de otras fábricas, no son sino otros tantos esclavos de la gran tiranía que oprime y deprime á la sociedad, "la parada"!

Y Rocaoro dejó este torrente de cláusulas heridoras entre el silencio que habíamos hecho los cinco ó seis amigos que lo escuchábamos. Alguien le ofreció un habano y respondió rechazándolo con un gesto suave de su mano, fina, larga, elegante, de unas redondas de persona inteligente y delicada.

—Gracias; no fumo cigarros. Desde niño tuve horror al tabaco; es que veía desde la niñez que el hombre ya se ponía en *parada* para recorrer la senda de la vida. En efecto, ¿qué hace un niño de diez años al fumar, más que hacer la "parada" de ser hombre?...

Esto, no es todo, ¿Veis ese vejete, abdómen de muchos grados de circunsferencia, que va del brazo de esa elegante y fresca señora? Pues, ese, después de haber hecho la "parada" durante treinta años detrás del mostrador apilando libras esterlinas, ahora, le dió la humorada de casarse cuando necesita el agua Benoiton para negrear sus cabellos, y cuando apenas puede llegar á hacer media "parada".

Este Carnaval he visto en el corso de las flores una victoria tirada por dos troncos de raza, enguirnaldada de flores y gasas, y dentro, cuatro hermosas señoritas, ataviadas con todo lujo; pero, allí, no había alhajas (Flandino el prestamista no me dejará mentir), se habían "empeñado, en que sus propietarias hicieran "la parada" con todo el esplendor posible entre música, flores, serpentinas,... pero sin alhajas. La devota que en los Viernes de Cuaresma dice que "ayuna" atiborrándose de calamares, de pasteles de ostras, de sopa de tortuga, ¿qué hace más que "la parada" de ser devota... La coquetuela que atiende á tres novios á un tiempo, ¿qué hace más que "la parada» del amor?

¿Las leyes qué son más que "la parada„ de la Justicia? El teatro que es sinó otra cosa que "la parada" de las costumbres? El Carnaval, los tres dias de la clásica locura, no es acaso una "parada" colosal que el mundo viene haciendo desde hace siglos, para hacernos creer que se divierte, cuando lo que hace en realidad es entretener el enorme bostezo de su aburrimiento?...

JOSEFINA PINASO (uruguaya) de la distinguida sociedad bonaerense

A corazón
¿No sabes tú lo que es la Conveniencia?
¿porqué palpitas y aborreces y amas?
¿no sabes que no quiero que me enfades?
¡Corazón, Corazón, duérmete y calla!

Si pasamos á las bellas artes no vemos que la Escultura es "la parada" de la plástica, la Música la de los sonidos, la Pintura la de los colores, de la luz, de las perspectivas; y la poesía misma, no es, decidme, una sonoro "parada" de nuestros sentimientos, presentados con el brillante ropaje de la ficción y del ritmo?

Sí, amigos; esto de "amigos" es "parada" (no se asusten, no les pediré 10 pesos prestados!) Y ustedes mismos ¿qué están haciendo ahora más que "la parada" de escucharme? ¿No veis, están bostezando? si lo decía yo! Pues vámonos, que yo mismo os he hecho "la parada" de deciros algo novedoso y lo he logrado. (Quiero hacer "la parada" que lo creo.)

Vemos á representar en el mundo la parte de *parada* que nos toca hacer en esta sociedad de pura fórmula, de aparatos escénicos, teatrales.

Mirad, allí, para el Diputado aquel, ese sí que ha sabído hacer *la parada* durante cinco Legislaturas; que jura por la Constitución protejer los intereses del pueblo que representa. No ha abierto la boca en tantos años...

—Es una "parada" muda. El pueblo que lo soporta no hace más que "la parada" de ser pueblo soberano!

FRANCISCO C. ARATTA.

Montevideo, Marzo 19 de 1898.

LA MONTAÑA

(Fragmento inédito del poema descriptivo en preparación titulado «El Cauca»)

Aquí y allá los árboles colosos
alzan su copa á prodigiosa altura
y sus ramajes en la cima enredan,
y enlazados remedan
un templo con su techo de verdura,
do no penetra el sol. Bóvedas hondas
vense doquier formadas
así, con el abrazo de las frondas.

Manifiéstanse arcadas
profundas y sombrías,
que parecen las vastas galerías
de mansiones al tiempo abandonadas.
Aquí un festón de flores
de la grave techumbre se desprende
y de un árbol á otro en torno extiende
sus cintas de vivísimos colores.
Al roble corpulento
suben las lianas y de arriba dejan
caer sus cables que al ondear semejan
maromas columpiadas por el viento.
La palmera se iergue con orgullo,
excelsa en medio á cuanto la rodea,
y libre su abanico verde ondea
de la brisa campestre al blando arrullo.
A un viejo tronco muerto, derribado,
musgos y flores su raíz enredan,
cual los recuerdos que en el alma quedan
de un amor imposible y desgraciado.
El suelo es una alfombra
de frutas, flores y hojas que desprende
el soplo de una ráfaga. En la sombra
se oyen extraños ruidos,
bien así como débiles crujidos
de arbustos que se quiebran. Al acaso
míranse huellas del reciente paso
de las fieras del bosque. Duerme el ave
en el ramaje verde,
y de pronto, asustada,
atraviesa veloz por la enramada
y entre la umbría soledad se pierde.
Lejos, alguna hirviente catarata
en no sé qué peñascos desbarata
la masa de sus ondas; se oye apenas
el inmenso fragor de su caída
que acorda con sus ecos la floresta.
Aquí, cerca, escondida
en una umbrosa rama florecida,
una alada pareja está de fiesta,
y dá al viento las notas de su orquesta,
dulce gama de amor, nunca aprendida.
Y en el fondo ignorado de la sierra
su triste queja el *diostedé* levanta,
imágen, ¡ay! del infeliz que canta
las penas hondas que en su pecho encierra.
Hé ahí la selva vírgen. Yo he vagado,
nuevo René, por esa augusta selva
y en más de un árbol esculpí mi nombre...
Viajero siempre el hombre,
pasa una vez, y acaso nunca vuelva
á ver los sitios por donde ha pasado!

ISAÍAS GAMBOA.

San Salvador, Febrero 2 de 1398.

Lo que dicen las campanas

(*Conclusión*)

—Si, padre, jueves.

—Mañana viernes; casualmente tenemos misa solemne, como quiera que es día de nuestros patronos San Pascual Bailón y Santa Restituta. Pues, como iba diciendo, se viene usted á la iglesia antes del primer repique, y mientras estén repicando, fíjese bien, se pone usted á oir con mucha atención lo que dicen las campanas; eso sí, con muchísima atención; y lo que ellas digan, que ya se lo diràn muy claro, eso haga y nada más.

A Juana le pareció al principio que el señor cura se chanceaba, pues eso de que las campanas bablasen, era cosa que no la entraba por lo sério. Miróle fijamente à la cara por ver si descubría una traza de buen humor, pero desgraciadamente en aquel preciso momento cerraba el padre los ojos, y con la faz levantada, las narices muy abiertas, y el semblante todo contraido, trataba de hacer sonar un estornudo que se le había quedado traspapelado y sin estallar allá en lo recóndito de los nasales vericuetos. Al fin estalló el estampido, acompañándolo Juana con un fervoroso «Jesús Maria y José», al cual el señor cura, después de limpiarse las narices, contestó diciendo: —Dios se lo pague, hija.

Y no se volvió á hablar de matrimonio, ni de campanas, ni demàs nada, sino de lo saludable y conveniente que es el uso del rapé para descargar el seso, y de lo desagradable de un estornudo que no revienta, y de lo peligroso que es el estornudar cuando no se tiene la precaución de enderezar bien la cabeza, pues lo màs fácil es que con el estremezón se rompa algún vaso del cuello ó se tuerza alguna cuerda.

Fuése Juana á su casa, y dándole vueltas á la cosa aquella de las campanas, concluyó por decirse á sì misma que nada se perdía con hacer la prueba al dia siguiente, yendo à oir el repique. Si las campanas en realidad hablaban como el señor cura aseguraba que lo harían, ella obedecería lo que le mandasen, pero si le salían con el *tingo tilingo* de costumbre, entonces se quitaba de ruidos y tomaría el partido que le indicaba su propio corazón. ¿Qué más podia hacer ella?

Las nueve y media de la mañana del viérnes serian, mas bien menos que más, cuando Juana apareció en el altozano de la iglesia, puestos todos sus cinco sentidos y muy especialmente el del oido, al repique solemne, que no tardó en comenzar, llamando á los fieles á la fiesta en honor de San Pascual Bailón y Santa Restituta, patronos de la modesta localidad.

Dos granujas muy bien adiestrados agitaban los badajos de las campanas marcando un alegre compás de seis por ocho, muy picados y con conatos à convertirse en polka, la cosa más festiva y regocijante que se pueda imaginar.

Juana escuchaba aquel repique, maravillada y complacida á un mismo tiempo. Maravillada, porque era de todo punto cierto lo que el señor cura le había asegurado sobre que las campanas le hablarían à ella; y complacida porque lo que le decian los parleros bronces era cabalmente lo que su corazón le dictaba hacía algún tiempo.

Clarito, tan claro que cualquiera creería que eran voces de personas, oía Juana las de las campanas decirle polqueando como unas loquillas:

Que te cases, que te cases,
Te casarás;
Que te cases, que te cases,
Feliz serás.

—Si será esto cierto! Parece mentira. Pero nò, no es ilusión mia, pensaba la viudita; y poniendo aún mayor interès y atención al repique, se decía:

—Claro, clarito, lo están repitiendo:

Que te cases, que te cases,
Te casarás ...

¡Y con qué contento le daban las campanas el consejo! Eran tres; una de grave voz, que á Juana se le antojaba la voz de las personas sèrias; otra de mediano timbre, que parecía hablar por las gentes de menos gravedad, y otra de vocesita chillona, infantil, como el gritar bullanguero de los niños. Oh! aquello era como la expresión de los diversos elementos de la sociedad. Y subiendo aún más alto, ¿por qué no suponer que aquella era la respuesta que à su corazón le daban los mismos santos del cielo, con sus voces de bajo tan hermosas, entre las cuales creía ella reconocer la ronca pero alegre de Pascual Bailòn, patrono del lugar; y las de Santa Restituta y su coro de vírgenes, que deben ser todas sopranos; y las de los àngeles y serafines, que por fuerza han de hablar siempre como niños que son, con festiva algazara y retintín de agudos tiples Todos se juntaban y concertaban para decirla:

Que te cases, que te cases,
Feliz serás!

Mujer de palabra era Juana, y como habia empeñado la suya en hacer lo que las campanas le aconsejasen, asi lo hizo, y se casó.

Y parece imposible que aquellas voces tan harmoniosas y simpáticas que en tan festivo ritmo le habían aconsejado á esta pobre niña tomar marido por segunda vez, lo hubiesen hecho pérfidamente; pero el caso es que el mismo diablo no habría podido aconsejarle cosa peor. El tal marido resultó, (bien sabía todo el mundo lo que resultaría) un bribón de siete suelas. Andaba de continuo en devaneos lo mismo que el difunto; jugaba el sol antes de nacer y tomaba sus monas, lo mismo que el difunto, y cuando se encontraba en este último estado, sacudíale el polvo à la infeliz mujer; cosa que nunca llegó á hacer el difunto, valga la verdad.

—La culpa de que yo sea tan desgraciada, decía Juana zollipando y èchándose àrnica, la tiene el señor cura, que me hizo creer que las campanas me dirían lo que mejor me convenia.

Y en cierta ocasión que ya no pudo más se fué donde el bendito señor, y entre lágrimas y reproches se desahogó la desdichada.

—Cálmese, hija, cálmese, la decia blandamente el sacerdote. Mire que está ofendiendo á Dios con suponer que las pobres campanas, que son lenguas sagradas del templo, fuesen á conchavarse con el demonio (¡Ave María Purísima!) para engañarla y perderla á usted.

Lo que sucedió fué que usted, probablemente se distrajo y no puso, como yo se lo advertí, bastante atención à lo que le decían las campanas. Vàyase ahora mismo y escúchelas, pues actualmente repican à vísperas; vaya, óigalas muy bien oidas, y vuelva luego á contarme lo que ellas le digan.

Fuése Juana al altozano, puso atento oido al repique furioso que en aquel momento ejecutaban á cuatro manos los ya conocidos granujas que de campaneros fingían; y ¡cuál no sería la sorpresa, digamos más bien el estupor de Juana, al escuchar que las mismas campanas que ella creía haber oido tan bien la vez anterior, le gritaban ahora, con cierto acento socarrón de lo más impertinente:

Si te casas, si te casas,
Ya lo verás.
No te cases, no te cases,
Te pesará!

Agitada y confusa, corrió Juana á ver al señor cura para decirle, como le dijo:

—Padre, por vida suya, explíqueme usted por qué esas campanas me aconsejaron primero que me casara, cuando era tiempo de que no lo hiciera, y ahora que la cosa no tiene remedio me dicen que no me case, y que si me caso me pesará. Yo le juro, padre, que las oí muy bien, perfectamente bien, la otra vez. Le puedo repetir en este instante lo que entonces me decían. Recuerdo que hasta en verso fué.

—No se caliente los sesos, hija; interrumpió el cura. Ni entonces oyó usted nada, ni ahora tampoco le han dicho cosa alguna las campanas. Lo que usted oyó en aquella vez, fué la voz de su propio deseo, la voz de su resolución, ya tomada, de casarse; ahora lo que acaba de oir, ó cree que ha oido expresar en estos inocentes bronces, no es más que el reproche de su propia conciencia de usted, que la tiene muy cargada, pues desoyó en tiempo los consejos que le daban quienes podían dárselos, desinteresados y prudentes. Desengáñese, hija,—concluyó por decir el señor cura, levantándose para atender á las señas que desde la puerta del comedor le hacía la criada para que fuese á tomar el chocolate, el cual, de puro frio, ya tenía nata,—desengáñese, hija; eso de que las campanas hablan no es más que cuento de camino. Ellas no dicen sino lo que uno desea que digan.

Escúchelas ahora que van á dejar. Clarito me están diciendo:

Dín, dón, dín;
Dín dón dán!
Señor cura, señor cura,
Que lo espera el sacristán!

NICANOR BOLET PERAZA.

Nueva York, Enero 20 de 1898.

RIMAS

I

Cuando se embarga el pecho
Por un dolor profundo,
Parece que se estrechan
Cerrándose, los ámbitos del mundo.

No hay más allá en los cielos
Ni hay màs acá en la tierra;
El universo es chico
Y oprime el corazón cuando lo encierra.

II

Cuando la dicha llena
El alma complacida,
Se cree el hombre gigante
Y dueño poderoso de la vida.

Pero al revés más mínimo
De la fortuna ingrata,
Al humillar su orgullo
Sus planes màs hermosos desbarata.

¡Què pobre el sér humano!
¡Qué lástima le tengo!
Quiero ser àngel ó ave...
Pues en compadecerme no me avengo.

ADELA CASTELL.

Montevideo, Marzo 19 de 1898.

La Naturaleza

(Traducido del ruso para «La Vida Montevideana»)

Entré en una inmensa sala subterránea de altas bóvedas.

Toda ella estaba iluminada por un resplandor que parecía surgir del suelo.

En el centro estaba sentada una mujer de magestuoso aspecto, vestida de un àmplio traje verde.

Apoyaba en la mano su cabeza y parecía meditar profundamente.

Comprendí que estaba ante la Naturaleza y al punto nació en mi alma algo como un temor sagrado, ó reverencia silenciosa.

Acerquéme à la mujer sentada y después de saludarla con respeto la dije:

—¡Oh madre común! ¿en qué estàs pensando? ¿Acaso en los futuros destinos de la humanidad? ¿En las condiciones necesarias para que alcance toda la perfección y dicha posibles?

Lentamente volvió la mujer hácia mí sus ojos sombríos, penetrantes y temibles, entreabriéronse sus làbios, y oí su voz resonante, como de hierro que chocara con el hierro.

—Pensando estoy en el modo de dar mayor fuerza á los músculos de la pata de la pulga, para que más fácil le sea evitar las persecuciones de sus enemigos. El equilibrio entre el ataque y la defensa se ha roto. Es necesario restablecerlo.

—¡Cómo! exclamé balbuceando; ¿en eso estàs pensando? ¿y nosotros los hombres no somos tus hijos predilectos?

Ella frunció un poco el entrecejo.

—Todos los animales, dijo, son mis hijos. De todos me preocupo igualmente y á todos por igual los extermino.

—Pero.... el bien....... la razón....... la justicia... murmuré.

—Esas son palabras humanas, repuso la voz de hierro; yo no conozco ni el bien ni el mal. Vuestra razón no es mi ley. Y ¿qué es la justicia? Yo te dí la vida, yo te la quitaré para dársela á otros séres, ya sean gusanos ú hombres, indistintamente. Tú, mientras no te llegue la hora, sigue en la lucha, procura defenderte, y no me importunes más.

Quise replicar, pero toda la tierra en torno mío mugió sordamente, y yo me extremecí de espanto.

Entonces desperté.

JEAN-SERGIEWICHT TOURGUENEFF.

CAMPERA

I

La desierta campaña de mi patria
Sollozaba oprimida
Por el casco guerrero que á la lucha
De hermanos contra hermanos conducía.

Triste la luna su destello arroja,
Y á la luz indecisa
Se vislumbran los génios de la guerra
Merodeando en las fúnebres cuchillas.

II

¿Por qué llora rodeada de su prole
La pobre paisanita?
Se ha llevado á su esposo el impío bando
Y al pasar ha deshecho sus delicias.

Ella vió desde el rancho de totora
Cómo el gaucho infeliz se resistía;
Ella vió que al caer mandó en un beso
El adios funeral de despedida.

Vióle uncido á la bárbara coyunda
Que al pobre gaucho obliga
A apagar el fulgor del sentimiento
Renegando de pátria y de familia.

Ya no escucha los tristes estilitos
Que tararear solía,
Cuando, al trote, à su rancho se acercaba
Trayendo por delante las tropillas.

III

Se ha secado la flor de nuestros llanos;
La criollita de fúnebre pupila
Ha vertido su lágrima postrera
En llanto de pasiones bendecidas.

Desde entonces la ven las madreselvas
Desde que empieza á retozar la brisa
Hasta que sale el caburé esperando
Las sombras de la noche en la colina

Escarbar con la vista el horizonte
Y enviarle en suspiros á su dicha
El amor más que nunca engrandecido
Por la ausencia del dueño de su vida.

JUAN VICENTE ALGORTA.

Montevideo, 19 de Marzo de 1898.

LA HIPÉRBOLE DEL ARTE

Nerón

Estudio filosófico-histórico-literario

(Continuación)

Por capricho era rumboso, pues al músico Menécrato y al gladiador Spículo les regaló propiedades de campo; pareciéndose en esto á un tiranuelo de esta patria, que obsequiaba no hace muchos años, á sus sicarios, con magníficos regalos de fincas urbanas ó rurales.

Jamás Nerón se ponía un traje dos veces. Cuando jugaba á los dados lo hacía á cuatrocientos sextercios el punto y nunca viajaba con menos de mil carruajes por séquito. Sus mulas llevaban herraduras de plata; sus mulateros vestían rica lana de banusa y sus conductores y correos mazacos iban vestidos lujosamente y adornados con brazaletes de oro y plata.

Emperador de tabernas y lupanares lo apellidamos al comenzar este estudio y en realidad lo era; cuàntas veces en sus salidas nocturnas se arrojaba sobre los transeuntes que volvían de cenar, les hería á puñetazos cuando resistían y les precipitaba en las cloacas de Roma.

Cuantas veces también se hacía llevar al teatro en silla gestatoria cerrada, y desde lo alto del proscenio animaba, gritando, los tumultos, cuando los actores mímicos disputaban acaloradamente, y cuantas si llegaban á las manos y se arrojaban piedras y bancos rotos, él, Nerón, lanzaba también al público piedras y frutas y se divertía en tomar por blanco á la venerable calva de algún senador ó el rostro de alguna romana!

La vida de todos los romanos la tenía en su poder y bajo su capricho el monstruoso emperador, era una Parca viviente que cortaba el hilo de la existencia de sus súbditos cuando le placía. A su profesor el filósofo Séneca, hizo que se matara en su presencia, y dió un veneno potente à su segundo maestro que le pidió una medicina.

¿De qué materia esta formado el hombre? De un elemento horrible amasado de crímenes y sangre, ú obra del mal, porque desde que es lanzado de las entrañas de la mujer al seno de la muerte, lo impulsa la fatalidad, la diosa antigua que llevaba los hombres al abismo?

Definid el problema á modo vuestro al saber que hubo hombres como Neron, que después de haber tentado hacer *naufragar* à su propia madre y no habiendo dado resultado el criminal proyecto, la manda asesinar, mientras ella le arroja este tremendo apóstrofe al asesino: *Abre, abre el vientre que ha albergado à semejante bruto!*

Pero dice un escritor romano, que Nerón nunca pudo libertarse del remordimiento que devoraba su conciencia. En vano fué que por la muerte de su madre, à quien odiaba, lo felicitaran el pueblo y el Senado; Nerón confesaba, presa de espanto, que las fúrias infernales agitaban delante de él sus làtigos vengadores de horribles serpientes y de antorchas encendidas. En desagravio ordenó un sacrificio, mágico, pero fué inútil, porque como dice bien el insigne Campoamor:

La conciencia en los malvados
Castiga tan pronto y bien
Que hay muy pocos que no estén
Dentro de su pecho ahorcados.

Sobre Roma ya pesaba demasiado aquella figura siniestra que agitaba al viento las antorchas sangrientas del despotismo, la lujuria y el crimen, amenazando incendiar con ellas los pueblos todos del haz de la tierra. Roma, iba á recordar que era la madre de los Gracos y los Mario, que si había creado los Calígula y los Tiberio, las Mesalina y las Locusta, había también creado las Cornelia, los Cicerones y los Tito; aun en el fondo de la caja de sus horrores y de sus males quedaba un resto de pudor cívico, como en el fondo de la caja maldita que regalaron los dioses á Pándora quedaba la esperanza; la esperanza que es la última diosa; la esperanza que no nos abandona ni aun màs allí del sepulcro, pues se sienta sobre la fria losa de nuestra tumba con las radiosas alas plegadas y el rostro divino entre las manos!

El primero que salió en el escenario de la historia à defender los derechos de Roma concuicados por un emperador enloquecido en el pináculo del poder y de la gloria artística, fué Vindex, en las Galias, al frente de numerosos soldados. Al saberlo, Nerón, se fué à Nápoles diciendo con mucho énfasis: *El artista vive en todas partes!*... A lo que debían haberle contestado: el artista sí, desde el ruiseñor al hombre, vive en todas partes, cantando, pero para el tirano no hay un solo palmo de tierra en el mundo; que sus cenizas deban esparcirse á los cuatro vientos cardinales para que no arraigue jamás su semilla maldita,

FRANCISCO C. ARATTA.

(*Continuará*)

LÁGRIMAS

IMITANDO Á POMBO

Lo que dicen las lágrimas de duelo,
es que murió el consuelo;
que por la senda del dolor se avanza,
que ha volado la última esperanza
en camino del cielo...
La lágrima de celos ¿qué nos cuenta?
Que existe dentro el pecho una tormenta
que rompe del amor los fuertes lazos,
porque falta la calma...
Lo que dicen las lágrimas del alma,
es que está el corazón hecho pedazos!

WERTHER.

Montevideo, Marzo 19 de 1898.

Santiago Barco

(Continuación)

Conclusión que, revelada por los diarios, hizo pasar á don Enrique de Arnedo por magnánimo; toda España admiró cómo practicaba el perdón de las ofensas.

Pero toda España admiró igualmente la altanería castellana del culpable en su réplica á esta casi defensa hecha por la víctima: no podría hacerse mayor injusticia que concederme la vida por súplicas de ese hombre. Solo debe à mi torpeza poder hablar todavía. Sus palabras no deben ser oídas, cuando pretende mostrarse generoso con su asesino.

El consejo de guerra no empleó mucho tiempo en discutir; los hechos y la intención del criminal eran evidentes; se necesitaba un correctivo que cortara por lo sano el màs insignificante contagio de tal crímen. La ejecución se efectuaría á la mañana siguiente.

Se hizo pública la sentencia á las cinco de la tarde y los ánimos se agitaron.

A las nueve de la noche, bajo un cielo sin luna y casi sin estrellas, don Enrique de Arnedo, á pesar de su brazo en cabestrillo, salió de particular, envuelto en su capa, embozado como para ocultar la parte inferior del rostro; el resto lo cubría la sombra de un sombrero de anchas alas.

Llegó à una callejuela próxima à la catedral y se hundió en el hueco de la puertecita de un jardín que se extendía detràs de una casa de buen aspecto.

Esperó sin moverse, sin hacer ruído, y durante treinta minutos tuvo paciencia.

—Ella habrá recibido mi billete demasiado tarde, murmuró, y no habrá podido burlar la vigilancia de sus padres.

Volvió á la casa. Su sirviente le entregó un billete que acababa de llevar una vieja. Leyó:

«No venga usted, pues la puerta estará cerrada esta noche y siempre. No volverá usted á verme nunca; he llorado al creerle muerto; la suerte habitual de usted le ha preservado de la muerte, pero otro vá à morir que me era tan querido como usted. Mis ojos son un torrente de lágrimas que corren por un destino cruel del cual me reconozco responsable hasta cierto punto.—*Amalia.*»

—¡Amalia Fuencarral! ¡Ahora comprendo todo! ¡El cornetilla era novio de Amalia! ¡Pobre! ¡Y yo le había quitado su amor! Me acuerdo de ciertos detalles. Le he sorprendido con ella pelando la pava detrás de los barrotes de su ventana. De todos modos se hubiera destrozado la cabeza á no haberse encabritado mi caballo! Apuntó bien á lo alto y por esto no ha querido mezclar en el asunto un nombre de mujer. Muy bien hecho.

Tras de una corta meditación que dibujó en sus làbios sensuales una sonrisa de satisfacción y victoria

—Hubiera sido làstima dejarle esa deliciosa Amalia, murmuró á media voz, y es lástima perderla por causa de ese imbécil! No le hubiera impedido casarse, llegado el caso....

Apenas acabó este breve soliloquio, su sirviente le avisó que un padre capuchino pedía verle con urgencia, à pesar de lo avanzado de la hora.

—Que entre, ordenó algo sorprendido, pero no mucho, pues los frailes gozan todavía en España, sobre todo, entre las familias nobles, de prerrogativas particulares.

El fraile, cubierto con el capuchón, saludó y sin otro preámbulo, entregó à don Enrique un estuchito de boj como los que sirven para guardar agujas. El marqués lo abrió y sacó una tira estrecha de papel donde solo había escritas estas palabras:

«Es tu hijo—Jimena.»

—¡Jimena! ¡Jimena de Somosierra! ¿Vive todavía en las Huelgas?

Exclamaciones é interrogaciones lanzadas con voz agitada y en tono velado.

—Sí, señor, respondió el capuchino, grave y tranquilo.

—¿Sabe usted, padre, lo que me dice este billete?

—Sí, señor, y si no lo supiera no me hubiera encargado de él.

—¿Y es verdad?

—Verdad.

—¿Qué es lo que usted sabe?

—Todo lo que puede saberse. He recibido la confesión de la madre al nacer el hijo, á quien, después, no he perdido de vista.

—¿Y qué es lo que hay que hacer?

—Interrogue usted su conciencia.

El capuchino saludó y se retiró.

III

Don Enrique, en el silencio de la noche y la soledad de su vasto gabinete, como si fuera un cuadro que apareciera ante sus ojos, vió desfilar los detalles de su vida pasada, y entre todas las figuras de sus amantes apareció más bella y encantadora la de Jimena de Somosierra. No fué la primera que conquistó, sino la primera que sedujo. Tenia él veintidos años y ella quince, ya núbil hacía dos ó tres años, y pura y fresca como un botón de azahar.

PONTSEVREZ.

(*Continuará*).

Con el próximo número se repartirá un NOCTURNO para piano, del que es autor el señor Luis Sambucetti.

Imp. LA NUEVA CENTRAL, 25 de Mayo 427